

EL PROPÓSITO KANTIANO EN LA FUNDAMENTACIÓN DE LA ÉTICA

Ives Benzi Z.
Universidad de Chile

1. *Introducción*

RE El presente trabajo pretende destacar el camino recorrido por Kant dentro del campo moral, para llegar a señalar el significativo aporte que ello ha hecho factible. En consideración a esta finalidad general es que la exposición, cuyo centro es la distinción entre moral y moralidad, se abocará al examen de los siguientes aspectos: a) el límite de la independencia de la Ética, b) el cometido en el cual el deslinde la compromete y c) la naturaleza y significado del ámbito desde el cual le es posible asumir su propia misión. De este modo, podrán hacerse comprensibles los motivos que tuvo Kant para extremarse en un formulismo ético cimentador. Justamente éste es el material del sólido pilar que confiere —con propiedad— a la Ética un original modo de ser, radicalmente opuesto al de otros sistemas que le anteceden. La razón se encuentra directa e indefectiblemente involucrada en el asunto. Sin embargo, como el uso moral no es la única función que la razón ha de cumplir, y como además Kant la encuentra afectada por serios problemas, será preciso iniciar el tratamiento del tema a partir de este último punto.

2. *Razón y Metafísica*

La desintegración de la razón mostrada por el panorama filosófico de la época, constituye un problema de gran magnitud cuya solución emprende Kant. Su filosofía consiste en un sistema revolucionario que enfrenta, por una parte, la negación absoluta de la Metafísica y por otra, las afirmaciones dogmáticas que, bajo una apariencia de Ciencia, pretenden resolver cuestiones metafísicas inevitables. Lo primero, esto es, la desaparición de la Metafi-

sica, obedece al éxito de la Física, que se debe especialmente a que ella ofrece seguridad a través de la validez universal de sus enunciados. En este caso la filosofía no ha podido, ni ha sabido elevarse debidamente determinando su objeto y asignando un rol adecuado a su instrumento. En cuanto a lo segundo, los conocimientos metafísicos, ocurre que se ha dado por supuesta la relación entre el instrumento subjetivo y el objeto en una forma totalmente inadecuada. La razón no puede sino caer en contradicción consigo misma puesto que en vez de su uso correcto se produce un abuso de ella.

La carencia de sentido y la ilegalidad hacen fracasar a la Metafísica. Ante esta situación, Kánt formula su proyecto fundamental. Revela desde él su objetivo de unificación y preservación de la razón. Al cumplimiento de este objetivo se aboca de lleno. No es un destructor de la Metafísica, pero tampoco es el creador de una nueva Metafísica. Los problemas de ésta no cambian, son problemas que la razón misma no puede evitar ni olvidar. El cambio debe operarse en el modo de enfrentar estos problemas. Es necesaria una transformación en el espíritu, ya que no tiene sentido la aceptación de una pseudociencia si existe de hecho una verdadera ciencia. La seguridad que pueda ofrecer la Metafísica dependerá de su fundamentación. Esta tarea no es simple. La racionalidad debe ser examinada rigurosamente aclarando su labor en función de una delimitación de los campos que la disgregan. Este es un paso necesario, pese a que pudiera parecer contrario al objetivo recién señalado, porque justamente uno de los puntos principales de la problemática kantiana se refiere a la necesidad de la unión entre razón especulativa y razón práctica. Dicha integración debe mantener el respeto de los dos roles de la razón, aun dentro de un marco jerárquico. El asunto, no obstante, requiere previamente de la respuesta acerca de la posibilidad de que la Metafísica sea ciencia. Existen condiciones para la ciencia de la experiencia, pero la razón especulativa no tiene poder suficiente para entregar una ciencia de aquello que trasciende la experiencia. Ahora bien, la imposibilidad de la Metafísica especulativa no implica una negación de la posibilidad de otro tipo de Metafísica, así como tampoco su exclusión del ámbito del conocimiento. Hay una Ontología de la Experiencia que demuestra que la ciencia requiere de un conjunto de factores formales a priori de carácter trascendental en la base de su objetividad. Con esta calidad fundamentadora, la Metafísica abarca a la ciencia y empieza a adquirir sentido. El resultado de la *Crítica de la Razón Pura* permite la presentación y ubicación de una Metafísica distinta, y que, por lo demás, responde y corresponde a lo que debe ser y a lo que se espera de ella. No obstante, el planteamiento acerca de la posibilidad de una Metafísica objetiva y de sus condiciones se mantiene. No sólo es preciso que se demuestre como legítima sino también que respon-

da a sus propios problemas desde la esfera misma de la realidad. Como el campo que le corresponde es de carácter práctico, allí deberá pues encontrar su éxito en la ampliación práctica del conocimiento.

3. *Ética y Moral*

La Ética como filosofía práctica, para Kant, se constituye a partir de una concepción fundamental que la diferencia en sentido y propósito de toda otra anterior. Frente a la mezcla y confusión en lo moral, precisa poner un orden a través del cual pueda la Ética cumplir la misión que le atañe. Se trata de una labor aclaradora absolutamente necesaria al hombre, porque éste, dada su naturaleza, tiende constantemente a la transgresión de la moral¹. Si a esto se añade la imposibilidad de probar a partir de la experiencia si las acciones son o no morales y la duda se amplía inclusive a nosotros mismos, con respecto a nuestras propias acciones, es inminente la exigencia de que el hombre se afiance y profundice en su conciencia moral. Esto, pese a que dicha conciencia no puede excluir de sí misma las dificultades señaladas. Sin duda la realización moral se presenta como problemática, sobre todo para el hombre como ser dual en el mundo. Pero la necesidad de organización que, como determinación, confiere sentido a la Ética entrega el acceso a la posibilidad de realización. De no existir tal posibilidad se le cierra al hombre también la oportunidad de recuperar su relación con la realidad en la cual se incluye su propio ser. La gravedad, mucho mayor, que reviste esta última consecuencia pone de relieve la importancia de lo que está en la raíz misma de la posibilidad. En efecto, aunque jamás haya habido alguna realización moral, existe apertura para que pueda haberla. En este hecho precisamente radica la función de la Ética. El esclarecimiento respecto de la conciencia moral que le compete, no es sino el hacer conciencia de la posibilidad que se le presenta al hombre para lograr que sus acciones alcancen la rectitud moral. La conciencia moral misma la requiere necesariamente como condición de su validez y unidad. Como el criticismo kantiano ha demostrado que tales atributos pertenecen a las formas *a priori* determinantes de los objetos del conocimiento teórico², la posibilidad práctica tiene que hallarse, del

¹Véase al respecto lo dicho sobre "dialéctica natural" en: Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (traducción al castellano de García Morente), 2ª ed., Espasa Calpe, Madrid, 1963, pp. 45-46.

²Véase Kant, *Crítica de la Razón Pura* (traducción al castellano de Pedro Ribas), Alfaguara, Madrid, 1978, pp. 44; 77-78; 113; 136-141.

mismo modo, en la esfera de la pura racionalidad, esta vez considerada desde el interés y uso prácticos.

Para que la Etica pueda cumplir satisfactoriamente su labor deben ser descubiertos los principios determinantes que operan bajo los juicios y el actuar moral. Sin que se logre este requerimiento éstos no podrán ser unificados. De aquí que el objetivo encomendado a la Etica sea el de encontrar y dilucidar el principio práctico moral que el hombre corriente posee y usa sin darse cuenta. La pretensión de estatuir una Etica independiente obedece al propósito de fundamentarla, de manera que a partir de su propia seguridad pueda también conferirla a la humanidad. Es imprescindible, por lo tanto, erradicar del ámbito fundamental de la ética toda influencia de otros tipos de conocimientos, y aquéllos de orden filosófico no constituyen excepción a este respecto.

Semejante proyecto, empero, se estrella con un obstáculo que deriva de la propia naturaleza de la Etica. En efecto, ésta no puede dejar de lado consideraciones respecto al hombre, a su vida en el mundo, a las modificaciones de éste como resultantes de sus acciones y, en general, a la relación y al conocimiento de los demás seres con los cuales vive y convive. Deben además tenerse en cuenta cuestiones de orden ontológico y antropológico, desde las cuales obviamente afloran aspectos psicológicos.

El hecho de que el comportamiento humano acontece en el mundo es motivo suficiente para exigir la presencia de una concepción acerca del ser del hombre. Ontológicamente ha de considerarse el conocimiento de la realidad humana desde un punto de vista esencial que pueda abrir a ésta la posibilidad de la trascendencia. Antropológicamente el hombre es concebido material y sentimentalmente ocupando un lugar en la naturaleza, la cual bajo su condición temporal no le permite más que la finitud.

Como puede verse, es indispensable la presencia de la Ontología y de la Antropología dentro de un saber ético fundamental, no obstante, Kant las deja de lado. No puede evitar, en cambio, que ellas desde su exilio se irradian inevitablemente sobre los más importantes conceptos de su moral.

Es notorio a simple vista el hecho de que la Etica no puede ser completamente independiente ni particularizarse según ese modo. De todas maneras la propuesta de Kant persiste, sin arredrarse ante los vacíos provocados por la falta del auxilio esclarecedor que podrían haber aportado las disciplinas excluidas. Persistiendo en su propósito inicial procede a delegar en la Antropología Práctica toda problemática del carácter empírico, con el convencimiento de que tal medida, le permite, al mismo tiempo, ordenar el ámbito de la filosofía moral y fijar un dominio propio que la haga merecedora de legítima calidad y autoridad.

No se puede desconocer que dentro de la historia de las concepciones éticas Kant sea, tal vez, quien ha efectuado la más vigorosa de las luchas para instaurar una Moral autónoma. La independencia de la ética radica en el terreno correspondiente a su parte racionalmente pura. Parece entonces, que la intención queda cumplida: el fundamento de la Ética pertenece al campo puro de la razón práctica. Se ha eludido la interferencia de la experiencia y la del conocimiento metafísico el cual, por lo demás, no es sino un pseudosaber. Sin embargo, el asunto no está aún concluido. El examen de la moral conduce a la exigencia de definir dónde y de qué modo se asienta fundamentalmente la autonomía.

4. *Autonomía y Razón Pura Práctica*

El trabajo para descubrir la raíz de los principios de las acciones morales patentiza a la moral topando zonas propias de la Ontología y Antropología. Decididamente, es preciso volcar los esfuerzos hacia el encuentro del principio supremo cimentador de la moral. Respecto de éste, cabe señalar que no es el ánimo de Kant localizarlo única y específicamente en la razón humana.

La autonomía consiste en que la voluntad en su determinación no salga de sí, es decir, es la determinación de acuerdo a un principio que surge de ella misma y que ordena cuáles y cómo deben ser los principios prácticos que la rijan. Es este el requisito para que las acciones del hombre en el mundo puedan ser morales. Aparece, entonces, un principio rector jerárquicamente superior, carácter que lo sitúa por encima de los principios morales por los cuales puede el hombre constituirse en ser moral, dejando de ser un mero individuo. Se produce aquí, al igual que en el plano teórico, la conjunción entre forma y materia predominando siempre la primera sobre la segunda.

La forma es una fórmula prioritaria que se impone a la materia, esta última es el contenido de los principios morales. No podría ocurrir de diferente manera, ya que en la adhesión de la voluntad a su determinante se le inmiscuyen sentimientos, emociones y tendencias en forma inevitable. Esta complicación o escollo, sin embargo, constituye al menos en parte un aporte que no deja de ser positivo, si se considera lo que a este respecto expresa Kant en la *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*: “La gracia y el ingenio, la habilidad y el afán en el trabajo tienen un precio comercial, un precio de afecto”. En cambio “la benevolencia, la fidelidad por principio, tienen un valor interior. Ese valor no consiste en modo alguno en los afectos que de ellos brotan, ni en el provecho o utilidad que proporcionan sino en los sentimientos morales en sí mismos”³. Los sentimientos morales son los

³Op. cit., p. 93.

contenidos propios de las máximas. Pero para que éstas puedan contribuir a la dignidad de la persona, deben ser concebidas desde los sentimientos morales y cumpliendo el mandato imperativo de la ley moral formal. Así, la máxima basada en sentimientos morales cobra valor y la ley moral formal puede concretarse. Naturalmente se encuentra en la mira la pretensión de conferir carácter racional a los sentimientos, aprovechando de extenderlos a ciertas cualidades que antes y también desde la contemporaneidad axiológica han sido concebidas como valores.

El formalismo moral kantiano, tan ampliamente criticado, es la fuente del valor moral del hombre en el mundo. Por ello es válida la defensa de la fórmula moral, efectuada en la *Crítica de la Razón Práctica*, por comparación a la utilidad que presta una fórmula matemática respecto de la resolución de múltiples problemas puntuales.

Por el hecho de que la voluntad humana está expuesta a obedecer a los apetitos, se justifica el recelo frente a la determinación de la voluntad por meros principios prácticos⁴ y se refuerza la elevación de la ley moral por encima de ellos como condición incondicional de la practicidad moral. Esto significa que la razón se muestra como necesaria absolutamente en la determinación de la voluntad. En su actividad, para el efecto señalado, no opera en el sentido de una inmediata instancia originadora de las leyes morales múltiples y diversas, sino en el de fuente de la legalidad a que aquéllas han de someterse. Precisamente éste es el requisito de la Facultad de Desear Superior. Sólo de este modo puede estar ella capacitada para satisfacer el interés práctico comprometido en la realización del nóumeno. Pues bien, tal realización es posible sólo cuando la Razón pura práctica determina a priori el rol de las otras facultades comprometidas en la tarea productora, o, para decirlo más directamente, cuando ella legisla.

5. *Las dimensiones óptica y metafísica de la Razón*

Como parte constitutiva del sistema kantiano, la Moral exige la obligatoriedad de una adecuada relación entre lo fundado y el fundamento. Desde tal perspectiva se ha ido perfilando una insoslayable distinción entre dos planos efectivamente presentes en la reflexión moral de Kant. Se trata de un nivel metafísico y de uno óptico-empírico. Con el fin de diferenciarlos, primeramente habrán de ser desglosados.

⁴Que los principios sean prácticos no significa que posean la calidad de morales, véase Kant, *Crítica della ragion pratica* (traducción al italiano de Francesco Capra), 2ª ed., Laterza, Roma, 1983, pp. 23-26.

Para poder establecer el significado y alcance de ambas dimensiones, sin perder tampoco de vista el objetivo inicial de este trabajo, es necesario tener en cuenta la realidad del hombre kantiano. Este es un ser escindido. Se encuentra disgregado en una naturaleza superior de carácter racional, la cual le otorga la calidad de realidad pura, y como sensibilidad o ser biopsíquico, en una naturaleza inferior cuya realidad sólo es empírica. El hombre no puede dejar de considerarse bajo estos dos puntos de vista. La distinción entre fenómeno y cosa en sí, expuesta en la *Crítica de la Razón Pura*⁵, lo envuelve para hacerlo miembro de dos mundos, entre los cuales existe un abismo. Como fenómeno es parte del mundo sensible; en él se halla sometido a la causalidad natural, siendo su actividad exteriormente forzada o paradójicamente pasiva en un sentido especial. Como nómeno pertenece al mundo inteligible; en éste su actividad posee pleno sentido, no cabe la forzosidad sino la eficiencia: es el orden de la causalidad libre.

Cada término de la dualidad humana exige el cumplimiento de fines adecuados a su propio carácter. Las acciones en cada esfera son o deben ser, en consecuencia, del tipo que cada finalidad exija. Por el lado del aspecto sensible la finalidad es la felicidad, las acciones que a ella conducen no son más que medios. La finalidad de la razón, por otra parte, consiste en la actualización de la facultad práctica produciendo la buena voluntad que posee valor por sí misma. Las acciones que ella determina no son medios para el logro de un objeto extraño.

Frente a la realización, la voluntad humana se polariza en tal forma que la conciliación desde el punto de vista moral sólo puede tener lugar bajo la constrictión que impone el deber. La ciudadanía del hombre en dos mundos le acarrea problemas a pesar de la jerarquía de la razón sobre la sensibilidad. Esto ocurre porque ambas coexisten mientras aquél vive. Es preciso considerar también que los efectos que la razón como inteligencia pueda causar ocurren en la naturaleza sensible⁶.

La razón humana es óptica pero también metafísica. Desplegando su actividad en el mundo, esto es, imponiéndose como principio moral superior a todo lo que es sensible, se ubica en el plano óptico, llegando a constituirse en razón práctica. Como productora del principio formal en el campo inteligible es razón pura práctica que se sitúa en el plano metafísico. Sin embargo, como la razón productora no es patrimonio exclusivo del hombre, sino que de todos los seres racionales hacedores de la naturaleza suprasensi-

⁵Op. cit., p. 26.

⁶Cf. Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, capítulos 2 y 3.

ble, y como además, la ley que produce es pura, a priori y sólida, por su permanencia e inmutabilidad, resulta que su elaboración la manifiesta como una razón universal.

El nivel metafísico supuesto no admite nada empírico, motivo por el cual no es asequible al hombre, sino cuando éste trasciende el tiempo que lo ata a lo sensible. Sólo de esta manera puede lograr la perfección moral o virtud, propiedad exclusiva de la voluntad plenamente autónoma, que es la voluntad racional universal libre⁷. Así el obrar de los seres puramente racionales ocurre bajo libertad positiva o metafísica. La realización práctica muestra la eficiencia de la libertad como causa incausada.

No ocurre lo mismo con el hombre dual, para que su voluntad sea buena requiere de la independencia de toda influencia de lo empírico en la determinación del querer. Su bondad depende de la adaptación de sus principios prácticos a la ley moral universal. La determinación necesaria para que la voluntad se torne moral debe excluir toda causa que sea extraña a la facultad práctica. El obrar moral del hombre también es posible por la libertad, pero en este caso ella sólo consiste en una obligada independencia respecto de la sensibilidad. El logro de libertad es por la vía de una negación. El plano óntico la incluye en tal sentido, porque el hombre necesariamente se encuentra sujeto a la causalidad natural. La conversión de la voluntad requerida por la moral, supone la pugna dentro del hombre entre el propio producto racional y toda su parte sensible. Así puede comprenderse la constricción de la voluntad indicada ya en el mismo enunciado del Imperativo Categórico. A partir de este último las máximas pueden convertirse en las leyes del obrar moral humano⁸.

Las consideraciones hechas acerca de los niveles metafísico y óntico se reflejan en el siguiente pasaje de la *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*: “Y de esta manera los imperativos categóricos son posibles porque la idea de libertad me sitúa en el mundo inteligible del cual soy miembro, de lo cual resulta que si yo no fuera más que eso, todas mis acciones serían siempre conformes a la autonomía de la voluntad, pero como me veo al mismo tiempo como miembro del mundo sensible, es necesario que ellas deban ser”⁹.

⁷Véase Kant, *Critica della ragion pratica, L'immortalità dell'anima come un postulato della ragion pura pratica*, pp. 148-150.

⁸Véase “libertad” en Kant: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, pp. 112-114; *Critica della ragion pratica*, pp. 36, 42, 116, 118, 192; *Critica del giudizio* (traducción al italiano de Alfredo Gargiulo), Bari, Laterza, 1970, p. 9.

⁹Op. cit., p. 123.

6. Moralidad y moral

Establecidas las diferencias entre los niveles por medio de los cuales se busca el punto preciso del origen de la autonomía de la moral, corresponde ahora relacionarlos. Los elementos comunes que poseen, libertad y razón humana, así lo exigen. El Bien Supremo u objeto de la voluntad moral contiene la posibilidad de unificación de las finalidades del hombre. Este ha de batallar moralmente para conseguirlo, pues en ello le va su propia integración. Importante es destacar que esta meta puede lograrla sólo por ascensión. Primeramente tiene que subir de lo meramente empírico a la onticidad y desde lo óntico-empírico, por vía legal, debe elevarse a lo metafísico. Pero si atendemos al criterio fundamentador, se invierte el orden: desde el plano metafísico opera la determinación de lo óntico-empírico. De todos modos, el plano óntico-empírico es subordinado.

Si lo mismo se piensa ahora desde la perspectiva de los posibles logros, tenemos que la constricción operante en lo óntico-empírico posibilita la moral y que la Subordinación del plano óntico al metafísico persigue el producto posible de éste: la moralidad. Desde la perspectiva fundamental, la moral recibe su fundamento de la moralidad. “La moralidad es una segunda naturaleza suprasensible de la que conocemos sólo las leyes sin poder alcanzar con la intuición esta facultad suprasensible que en nosotros mismos contiene el principio de tal legislación”¹⁰.

Ahora bien, la distinción entre moral y moralidad permite afirmar lo que sigue: la moral se constituye en un sistema de leyes especiales para el comportamiento del hombre. La voluntad de éste no conforma de suyo con los principios, de modo que para ser buena voluntad ha de contener el concepto de deber expresado por ley imperativa. Bajo ella está el mandato de no obrar nunca según determinaciones sensibles.

La moralidad es el Sumo Bien como *Supremum*, condición indispensable del Bien Supremo como *Consummatum*¹¹. Así se incluye dentro del plano metafísico a Dios y al hombre, coincidiendo ambos sólo como coautores del principio moral superior, ya que Dios, por poseer una voluntad que coincide plena y armónicamente con la ley moral, es el Ideal de la moralidad. La autonomía que ésta posee le viene de la razón universal asimilable a la libertad metafísica. La relación entre moralidad y moral responde a la cuestión acerca de la raíz y el alcance de la Ética kantiana en lo que se refiere

¹⁰Kant, *Crítica del Juicio*, oss. p. 129.

¹¹Véase Kant, *Crítica della ragion pratica, Postulati dell'immortabilità dell'anima e dell'esistenza di Dio*, pp. 148-159.

a su independencia. La atribución de independencia se basa en la autonomía. Desde el punto de vista práctico el concepto de autonomía se une con el de voluntad; de este modo la voluntad autónoma universal funda la moralidad. El lugar preciso de la autonomía está pues definido claramente. La independencia de la Etica se restringe a la esfera de la moralidad. Cuando se afirma que la Etica de Kant es autónoma, tal afirmación debe entenderse a partir de aquello que radicalmente involucra su propia posibilidad y la de las acciones morales que son su objeto: principio primero o fuente última. Ambas denominaciones designan aspectos de una misma realidad metafísica que se vuelve a reiterar: la libertad nouménica patente en la ley moral. Si se la considera como principio primero o supremo —cosa que realmente es—, pertenece a la moralidad. Si, en cambio, se la toma como fuente última no varía su naturaleza, pero sí lo hace el punto de vista bajo el cual es considerada. Se trata en este caso de la accesibilidad ascendente hacia la ley única o el recorrido que la moral del hombre dual impone.

He aquí la razón por la cual se puede establecer que la intención y el empeño de Kant por emprender el trabajo ético de fundamentar la Metafísica de las Costumbres se traduce en la fundamentación de la moral en la moralidad.

Teniendo en cuenta los motivos que sustentan la fundamentación de la moral en la moralidad, pareciera no existir problema. La moralidad es una esfera autónoma. Cumple perfectamente lo que el concepto de autonomía exige, en cuanto a encontrar dentro de sí misma su ley. La dificultad surge respecto de la moral, ya que su fundamento o ley le viene desde otra esfera. El hecho de que la ley rectora no pertenezca a la misma dimensión a la cual rige calza con lo que expresa la definición de heteronomía. La moral se fundaría heterónomamente en la moralidad. Los argumentos favorables a esta afirmación radican en el significado de los términos “autonomía” y “heteronomía”, en la deficiencia de la voluntad que evidencia el deber y en el hecho de que las máximas universalizadas por la ley, constituyen la instancia directa de determinación de la voluntad del hombre.

Por cierto, la postura parece ser exagerada y discorde con los planteamientos kantianos. Para comenzar, la definición de heteronomía se refiere a la determinación de la voluntad por objetos que condicionan la acción transformándola en medio. La moral, según se ha establecido, requiere de la exclusión de lo sensible en la determinación de la voluntad; la acción moral no puede constituir un medio para conseguir otra cosa. Por lo que se refiere a la deficiencia de la voluntad, que consiste en la no coincidencia con la ley moral, cabe hacer presente que, en todo caso, la supremacía de la razón sobre la sensibilidad es una exigencia de la moral. La razón predomina en

orden a imponer el acatamiento de la ley pero también lo hace siendo su autora. Por último, la cuestión de la inmediatez de las máximas morales en relación a la voluntad o la mediación de éstas para el posible acceso al plano metafísico, naturalmente en un asunto temporal. Pero la temporalidad no puede afectar al principio moral supremo. La instancia donde él se origina no es de carácter temporal. Indudablemente existe diferencia, mas no en lo que atañe a la fuente originaria de todo cuanto merece el calificativo de ético. El principio de la moralidad es el mismo que el de la moral y, por lo tanto, no puede atribuirsele una base heterónoma a la moral. Hacerlo significaría desvirtuar la coherencia de la reflexión ética de Kant.

7. Conclusión

En suma: es patente que la fijación de la autoridad de la moralidad corresponde a la finalidad de la fundamentación de la Ética. La independencia y el alcance de ella han sido establecidas gracias a la distinción entre moral y moralidad. No obstante, a modo de conclusión, cabe señalar, aunque somera e incompletamente, algunas de las conquistas que la moralidad ha hecho posible para la humanidad. El hombre se eleva por obra del principio igualitario del que es autor. Gracias a su capacidad moral puede tener dignidad y posibilidad de acceso a la plenitud. La unificación de los hombres, por encima del tiempo, de las razas y de las nacionalidades, es factible mediante la ley formal única. En efecto, ella admite peculiaridades pese a su intemporalidad e inmutabilidad. El respeto a la persona se revela como algo primordial e indispensable para la vida humana, la convivencia y la pacífica unión de los pueblos. La ley de la moralidad constituye, pues, el freno de toda lesión o violencia entre los individuos y las naciones. Es el instrumento mediante el cual pueden éstos superar su estado de naturaleza. El rol de la razón libre y unificada se revela no sólo como evidente, sino también como imprescindible para la humanidad. Por lo demás, teleológicamente la creación exhibe en la moralidad la necesaria unidad de la razón.

El "propósito" de Kant en la fundamentación de su Ética tiene como propósito justamente las consecuencias más arriba expuestas. La realidad actual hace presente en forma urgente la necesidad de reflexionar sobre ellas y de revivirlas como meta a cumplir.

Hasta hoy, sin duda, los talentos humanos se han desarrollado exitosamente, lo prueba el enorme avance científico y tecnológico del cual el hombre contemporáneo disfruta. Ciertamente éste ha progresado; mejor instruido, más cultivado en los distintos aspectos del arte, más refinado en el comportamiento y casi exquisito en la autoría de las leyes que lo rigen. Sin

embargo, y esto tampoco parece ofrecer mucha duda, el hombre sigue siendo "el lobo del hombre". El progreso conseguido sólo es aparente. Tal apariencia sólo es el resultado del egoísmo competitivo o continuo de la guerra característica del estado de naturaleza. El verdadero progreso requiere de un estado muy diferente: el de la libertad. Hacia esta conquista moral debe empeñarse el hombre ya que los logros materiales no le reportan sino desgarramiento y ruptura. Adquiere entonces pleno sentido el imperativo kantiano: es un deber comenzar a pasar de la Civilización a la Cultura¹².

¹²Véase concepto de persona y la relación entre moralidad, civilización y cultura en Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, pp. 40 (nota), 98, 116, 124; *Filosofía de la Historia* (traducción al castellano de Emilio Estiú), Argentina, Nova, 1964, pp. 23, 40-42; *Idea de una historia universal desde el punto de vista cosmopolita*, p. 51.